



BOOK REVIEW

**Edmundo Paz-Soldán:**  
**Río fugitivo, Alfaguara, 1998, 452**  
**págs.**

Nelson RAMÍREZ

Edmundo Paz Soldán publica en Bolivia dos colecciones de cuentos: Las máscaras de la nada, 1990, y Desapariciones, 1994; además, dos novelas: Días de papel, 1992, y Alrededor de la torre, 1997; libros premiados en su país y en Estados Unidos. Su relato "Dochera" es uno de los ganadores del Premio de Cuento "Juan Rulfo" 1997; Alfaguara le publica en 1998 la colección de relatos Amores imperfectos y la novela Río fugitivo. Esmeradas ediciones para una distribución de circuito internacional, las solapas advierten que sus cuentos han sido traducidos al inglés y al alemán, y Río fugitivo al finlandés y al danés.

La novela. Mario Martínez, detective de la ciudad de Río Fugitivo —en sesudo empleo de la razón que emula al Holmes de Conan Doyle o al Poirot de Agatha Christie—, deshilvana intrincados asesinatos en las páginas de aprendizaje de su creador, quien vía el plagio y/o recreación de sus héroes del género, intriga con sus relatos a familiares y amigos. Martínez encarna la escritura-personaje-obsesión de Robby, así llaman en su curso a Roberto Morales, estudiante del último año de secundaria en el Don Bosco, colegio de una clase media cochabambina. Entre los conflictos de la adolescencia —definición de la sexualidad, fiera rivalidad de jóvenes compañeros que, dadas sus condiciones y posibilidades, llegarán a ser la futura clase política del país—, Robby descubre en sus páginas, y más en la realidad, lo que en el colegio

no es un misterio para nadie: el presente adulto de hipocresía moral en padres de familia, regentes católicos y profesores; al que se suma el marco desolador de la estructura sociopolítica de Bolivia, desde injustas relaciones étnicas con la empleada de servicio, hasta un recién recobrado estado de derecho —con Siles Zuazo el 82— que sufre de instituciones corruptibles en todas sus esferas.

El misterio, en cambio, surge a nivel personal, cuando en esos entrecruces intertextuales borgeanos —de quien Paz Soldán tanto ha aprendido y a los que acude para su propia estética—, su narrador tendrá que oficiar verdaderamente de detective. Es el fatídico año 84 en Bolivia, desajustes en su economía han originado la mayor espiral inflacionaria de su historia; huelgas y manifestaciones callejeras desatan el caos; tambalea la democracia, y esta promoción desconcertada acusa recibo de uno de los más graves problemas del país, el narcotráfico. Robby, esta vez en la realidad, intenta resolver un crimen que es verdadero y devastador por doloroso, averiguar quiénes le han vendido droga a su hermano menor, Alfredo, muerto a los trece de sobredosis. Los avances del narcotráfico, cuyos cultivos en el Chapare cochabambino han generado ingentes fortunas —véase a un Roberto Suárez que ofrece hacerse cargo de la deuda externa boliviana—, constituyen el subsuelo del que trabaja en la ficción la novela. No obstante, ésta le otorga magnitud humana al problema legal o de fiambre periodístico. Los tentáculos de la carcoma —único negocio próspero a gran escala en un país empobrecido— se han infiltrado en medio de los jóvenes de un colegio privado y católico, de inflexibles curas italianos, y una de sus consecuencias será la prematura muerte de uno de ellos.

El año 59 García Márquez titulaba una crónica "URSS: 22.400.000 kilómetros cuadrados sin un solo aviso de Coca-Cola", la novela más bien incide en personajes que condensan en su descripción el paisaje de apetitos de productos al influjo massmediático norteamericano. Se canta el himno nacional de rutina en el patio del colegio (así empieza la novela en el flash-back), y Robby yuxtapone a la "libertad" repetida en el coro del símbolo patrio, el anuncio de deseos que circulan en las mentes de sus compañeros, quienes lejos de la nacionalidad, están pensando en forjar su hombría a costa de relaciones forzadas con la empleada (una mujer de origen aymara o quechua); en su chamarra Members Only; en la película Negocio peligroso con Tom Cruise; y, él

mismo, en escribir una novela que mantenga el suspenso del crimen perfecto, en que el misterio, era lo evidente, las pistas que el lector no supo reconocer, y en que el magnetismo de la narración, nos esposó las manos a transitar sus páginas hasta el desenlace.

Robby busca en la escritura y su vocación de escritor, recrear una salida a la opaca realidad que le ofrece un país austero en alternativas y un hogar precipitándose a un inminente divorcio. La muerte de Alfredo colma su psique. Se plantea en retrospectiva el cumplimiento de su rol de hermano mayor, y en qué medida, aun a las personas más cercanas, se les desconoce; siendo, en última instancia, la soledad humana y la muerte lo único que verdaderamente se tiene. El narrador reflexiona acerca de las narrativas y sus ramificaciones en esas vidas que conforman sociedades: él, la gente, sus compañeros y sus actitudes. Así aparecen, de un lado, el Relator, personaje que se acerca a la chichería a contar historias por una propina; sus compañeros no valoran su arte ni su actividad; lo insultan y se burlan de algo que consideran inútil: el contar historias. En contraste, esos mismos personajes que se mofan de las historias del Relator, llevan en sus vidas el culto a historias narradas por imágenes del cine de Hollywood. *Blade Runner*, de Ridley Scott, servirá de subtexto de la recargada atmósfera cinematográfica norteamericana de los ochenta. El referente audiovisual, además del motivo del duelo al suceder de la trama (Robby y Mauricio), cerrará el relato.

La historia se mueve en la voz narrativa y en escenas que evocan la adolescencia escolar de cualquier secundaria latinoamericana: en algún dial suena *Girls just wanna have fun*, I told you so, de Cindy Lauper; en un encuentro entre amigos se fuma marihuana; en un partido de fútbol del curso hay una pelea; o los primeros tratos excesivos con el alcohol, en chicherías en el caso de la novela. Los personajes, de otro lado, delineados a buen trazo, exhiben su dimensión psicológica en diálogos, ropas, maquillaje, o actividades; el narrador nos da las dosis adecuadas; les sentimos la respiración y sus avatares. Al padre se le ve prendido al noticiero de la televisión que reporta las inclemencias del momento: vertiginosa dolarización de la economía, manifestaciones callejeras, inoperancia del gobierno, etc.; luego se sabrá que el arquitecto protagoniza una fallida conspiración golpista a Siles Zuazo.

Acaso en Río fugitivo destacan las personajes mujeres. Annaliz, joven y atractiva,

esposa de un ambicioso político, flirteará con Robby, su inexperto vecino. La madre, mujer independiente, conduce una firma de publicidad, pero resiente la muerte a destiempo del hijo, el peso de los años y la merma física. Su hermana Silvia —hija del primer matrimonio de una joven madre viuda— a la que el padre de Robby ignora y no brinda cariño, evade el desamor de su hogar, deja la universidad (intervenida y en interminables huelgas), y se casa pronto. Eulalia, empleada de su casa, quien mira telenovelas en su televisor en blanco y negro, en discrepancia con el de colores a ojos de él y su familia, se regresa a su pueblo tras la muerte del niño Alfredo.

El epílogo nos trae a un presente del narrador de tono resignado. En algún momento su hermana deseó haber nacido en otro país. Él, como ella, ante un egreso falto de cualquier estímulo, también ha dejado la universidad a punto de graduarse de ingeniero. Aceptante de las condiciones de su entorno, ya no lamenta el que no haya ninguna posibilidad de vivir de su escritura —metáfora del futuro profesional en un país con alto índice de analfabetismo—. Han transcurrido trece años (ha escrito y publicado dos novelas, con alguna venta y mala recepción crítica, pero tiene en sociedad un club de videos de cine hollywoodense, de lo cual vive). Además, Roberto Morales —nombre que sugiere la antinomia: Roberto en jerga significaría robo, y su apellido, honrado— ni el lector sabrán con certeza si la venganza fue justificada, si dio muerte al verdadero culpable, su primo Mauricio, líder del curso, favorecido por el carisma y el esplendor físico (embrión de los políticos que seducen, convencen y engañan, se medita en la novela). En lo que será el thriller, Mauricio inicia una relación amorosa con Aura, la recién ex novia del compañero Tomás; de personalidad misteriosa, lo cree el jefe de la banda del Ajedrecista, responsable de la muerte de su hermano. Robby, en un arranque pirómano que castigue la impunidad, incendia su casa, también seducido y convencido por el "relato" del principal sospechoso, Chino, en la cárcel adonde lo visita con el favor del inspector Daza (que no una reencarnación de Fermina Daza de El amor en los tiempos del cólera de García Márquez, sino una recontextualización de los realismos. El inspector Daza, en cuya probidad cree, venía recibiendo subvenciones del narcotráfico, y morirá acribillado en una vendetta de los cárteles). Roberto, en la reunión de curso, prefiere vivir con la duda y el remordimiento, que saber la verdad. ¿Fue víctima del desesperado engaño de Chino para salvarse?, o en verdad, Mauricio movía los hilos de la mafia

estudiantil. Chino se cruza con él en el baño, le esquiva la mirada, y éste no se anima a esclarecer las cosas.

Ese reencuentro ya ocurre en la Bolivia neoliberal. Una comparativa mejora económica de las capas medias acompaña a estos jóvenes adultos yuppies. Tomás, casado con una chilena, manejando un Honda Prelude y consultor de una compañía de inversiones; Chino, tras dos años de cárcel, exportador de cuero a Europa y Estados Unidos; Conejo, endeudado por la adicción a estupefacientes; Pavo, albañil en Estados Unidos, aunque regresando cada diciembre; Aldunate, jefe de juventudes de uno de los partidos en el gobierno; Robby, se gana la vida con su negocio y escribe (irónicamente, su novela no la quisiera terminar como ese epílogo de películas que cuentan lo que devino de los personajes); sus padres divorciados; su hermana Silvia, de vuelta de Venezuela, divorciada del francés Jean Pierre y con tres hijos traviesos; y un narrador que al abrazarla, le dice y nos dice que desconfiemos de los narradores, que el mundo está lleno de narradores peligrosos.

Río fugitivo es un afluente en la nueva narrativa hispanoamericana. Esta novela absorbe la preocupación de Paz Soldán por retomar imaginarios e interrogantes planteados por Puig y Vargas Llosa respecto a la trascendencia de los medios masivos en las culturas e identidades, las aspiraciones y los deseos. El caudal de lo mediático en el caso de la generación de Paz Soldán, ante otra realidad, desborda. Las escenas de su novela son de un zapping urbano harto reconocible en la Latinoamérica actual. No obstante, la novela y su narrador buscan siempre el delta y el mar de la escritura. Los poderes del cine y la televisión, local y global, lo dicen estadísticas, muestran a gente sujeta y gozosa, que, ante lo prohibitivo de otro entretenimiento, tienen en la pantalla del televisor un peligroso o catártico aliado para consumir de él ininterrumpidas horas de fantasía. La lectura, por lo que intercede la novela, indirectamente los reenvía a páginas como las suyas, desde las cuales escuchar, ver y discurrir sobre los arcanos de la existencia y las contradicciones de su tiempo.